

mosura. El centro es un punto estable, fijo, que no se muda y es indivisible. Del centro salen líneas divisibles, movibles é innumerables, que tiran hasta topar con la circunferencia, como lo vemos en los rayos de una rueda, que son una cosa con su centro, y allí todos entre sí son uno, porque se topan en un punto, y el punto es indivisible, y así los rayos en el centro son indivisibles; pero cuanto mas se apartan del centro, tanto mas se alejan entre sí y se dividen, y la circunferencia divisible anda siempre volteando y moviéndose sobre él, como la rueda sobre el eje. ¡Oh, si fuese nuestro Señor servido que yo acertase agora á decir una dotrina admirable que de aquí sale! Pero diréla como supiere y lo mas claro que yo pudiere. «Dios es centro universal de todas las cosas; es uno simplicísimo, impartible, estable.» *Ego Deus, et non mulor*; Yo soy Dios, que jamás me mudo. *Non est Deus quasi homo, ut mentiatur; nec ut filius hominis ut mutetur*; No es Dios (dijo Balan) como el hombre, que miente, ni como el hijo del hombre, que se muda. Toda la rueda da vueltas y se mueve; solo el centro está quedo. Toda la máquina criada se muda y mueve; los ángeles, porque *Ecce qui serviunt ei non sunt stabiles*. Los hombres jamás saben estar en un ser: *Nunquam in eodem statu permanent*. Las demás criaturas tienen sus veces; los cielos, la tierra, los elementos y cuanto está hecho de ellos, se envejecen y mudan; solo el Hacedor universal de toda ella no sabe qué cosa es mudanza, como se lo dijo bien David, cuyo verso cita san Pablo: *Et tu in principio Domine terram fundasti: et opera manuum tuarum sunt coeli. Ipsi peribunt, tu autem permanebis, et omnes ut vestimentum veterascent, etc.*; Tú, Señor, al principio fundaste la tierra, y los cielos son obras de tus manos. Pues ellos perecerán; pero tú, Señor, permanecerás; ellos se envejecerán y los mudarás como vestido, que nos le quitamos y le ponemos á un rincón; mas tú siempre perseveras el mismo que fuiste. Puesto caso que el centro es inmóvil é indivisible, pero hallaremos una cosa cierta, que tirando dél hácia la circunferencia, se hace una línea; y si por todas partes tiran, por todas se harán líneas diferentes; y como la línea conste de puntos, y en cualquier parte que me señaláredes de la línea, allí haréis punto, aunque difieren línea y punto; así hallaréis que las criaturas (que son las líneas) todas salen del centro divino, que es Dios; y como si tiráredes de Dios, esto es, que saliese Dios en obras exteriores fuera de sí, hallaréis que en cualquier parte de sus obras está, porque las cria, las sustenta; y como dice mi padre san Agustín, «está sobre sus obras, para gobernallas; debajo dellas, para sustentallas; dentro dellas, para conservallas; ante ellas, para guiallas; detrás dellas, para amparallas.» Y por esto decimos que «está Dios en todo el hombre y en todas las criaturas, así como el punto en todas las líneas». Demás desto, las líneas, apartándose de su centro, se hacen diferentes; así las criaturas, saliendo de Dios, son diferentes, porque se apartan de su centro. Mas así como las líneas, volviendo desde la cir-

conferencia á su centro, se hacen uno con él y entre sí, porque tocan todas en un punto indivisible, que es el que llamamos centro; y así, lo que allí llega y toca queda indivisible; de la misma forma cuando las criaturas vuelven á su primera causa donde salieron, que es Dios, se hacen una cosa, no solo con Dios, mas aun entre sí. Y la razón es, porque Dios no es capaz de composición ni de accidentes; y así, lo que está en él, pues no puede ser accidente, ha de ser sustancia; esta es sencillísima, luego es el mismo Dios. Esta altísima teología nos enseñó aquel grande y supremo teólogo san Juan, que mostrando cómo de Dios, que es el centro, nacen cosas que saliendo, son entre sí diversas, dijo: *Omnia per ipsum facta sunt; et sine ipso factum est nihil, etc.* No dijo: «Una cosa fué hecha por Dios, sino todas;» por mostrar que, saliendo de Dios, se multiplican y cobran número y son distintas entre sí; pero porque se entienda que volviéndolas á mirar en Dios son una cosa sola con él, dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*; Lo que se hizo en él es vida. No dijo las cosas que se hicieron, sino lo que se hizo; ni dijo eran vidas, sino es vida. La vida es Dios. *Ego sum via, et veritas et vita*; Yo, dice el Señor, soy la vida; y no hay otra vida sino la suya; luego las cosas en Dios son el mismo Dios. No queremos decir que yo como me estoy, si me uniera con Dios por fe y caridad, seré uno con Dios y seré Dios; sino que si yo, que soy hombre y un solo hombre, me miraran en cuanto me estoy en Dios, esto es, que me tiene en sí como me tenía antes que me criase (porque, aunque yo por la creación he salido de Dios en acto y estoy separado, como la línea del centro, no por eso dejo de estar en él, como lo estaba antes de la creación del mundo), mirándome, así digo que soy uno con Dios y con cuanto tiene Dios. No solo son uno con el centro, que es Dios, mas tambien entre sí. Digo, para declararme mas, que esto que es ser una cosa con Dios se dice en dos maneras. La una es, que en hecho de verdad todo lo criado é infinito, mas que Dios con su infinito poder puede criar, no es mas que retrato de las perfecciones que en sí tiene; porque, si en sí no tuviera perfección de ángel, no le pudiera criar; y si no tuviera perfección de sol y estrella y hombre y de lo demás, mal pudiera criar el sol, las estrellas, el hombre y lo demás que está criado; de suerte que en sí tiene las ideas ó perfecciones que decimos; y porque él es infinito, por eso tiene infinitas, y porque conforme á aquellas cria las cosas, por eso puede hacer infinitas. Hase como si vos tuviédeses un sello ochavado de oro, que en la una parte tuviese un león esculpido, en la otra un caballo, en otra un águila, y así de las demás, y en un pedazo de cera imprimiédeses el león, en otro el águila, en otra el caballo; cierto está que todo lo que está en la cera, está en el oro, y no podeis vos imprimir sino lo que allí teneis esculpido. Mas hay una diferencia: que en la cera, al fin es cera y vale poco; mas en el oro es oro y vale mucho; así digo que tomó Dios la perfección de ángel que en sí via, y estampó un ángel; otra de sol, y imprimióla en una pellada de bar-

ro y hizo un sol; otra de hombre, y sellóla en un poco de lodo bermejo. En las criaturas están estas perfecciones finitas y de poco valor; en Dios son de oro, son el mismo Dios. Una diferencia hay en esta semejanza del sello y la cera con Dios y las criaturas: que el sello de oro ó de esmeralda ha menester tener distintas figuras y sellos para imprimir diversas ceras y imágenes; mas en Dios no hay ese número, que con una sola perfección ó idea (que eminentísimamente contiene todas las cosas) estampa diversas perfecciones; y así, en Dios todas no son mas que una, y son el mismo Dios; y esto llamamos «estar todas las cosas en Dios, y que en él son una cosa, porque no recibe composición». Y cuando en esta primera manera de unión decimos que vuelven de la circunferencia al centro, y allí no son mas que una cosa y son el mismo centro, hase de entender cuando, consideradas en el círculo, que es el mundo, nos parecen muchas y lo son; y después volvemos á verlas en el centro, que es Dios, y allí no vemos mas que una cosa, que es á Dios con infinitas perfecciones. Y por ventura de esto se entenderá cómo en Dios no hay nada pasado ni por venir, sino que todo le está presente; porque en sí mismo se lo tiene todo, y todas las cosas se las ve en sí. Tambien se declara con esto cómo ve todo cuanto se hace en el cielo y en la tierra, y cala los pensamientos de los ángeles y de los hombres; porque (como habemos dicho) es como el centro, y el centro es punto, este está en todas las partes de las líneas; pues si fuese un ojo que viese, clara cosa es que estando en todas las partes de las líneas, las vería todas, y si en mil líneas estuviese, mil vería, y todas las partes de todas ellas. Así pues es Dios, que está en todas las criaturas y las ve todas; y porque ellas están en él, y él se ve á sí mismo, siguese tambien que por esto las ve.

Hay otro modo de unirse y hacerse una cosa con Dios, que es por gracia y amor; y deste dijo san Pablo que «el que se allega á Dios, se hace una cosa con él». Tambien en este hay su misterio, que las líneas se unen con su centro, esto es, por el amor se unen las almas con Dios, no que se hagan Dios ni que sean un solo Dios, como habemos dicho de la primera suerte de unidad, sino que por amistad, por gracia, por voluntad, amándole, decimos «que son unos con Dios, esto es, conformanse en todo con él, y tienen una voluntad y un querer». Esto hacen, porque saliendo de Dios, que es su centro, como líneas, y llegando á la circunferencia (que dijimos que en ella ponian los filósofos la hermosura), esto es, considerando la hermosura del Hacedor, la cual, como círculo ó circunferencia, ciñe todas las cosas, conocen que aquella hermosura es el rayo, que sale de la infinita bondad, que está en el centro, que es Dios, como habemos dicho; y vuelven á mirar de dónde nace aquel rayo de hermosura que las enamora y lleva tras sí, y ven que sale del centro, que es Dios; y así, le aman, y se hacen una cosa por amor con él y aun entre sí; porque, como ven que todas las cosas tiran á su centro, amando á Dios, ne-

cesariamente han de amar lo que hallan en el mismo Dios; de aquí nace el artículo de nuestra fe que dice: *Sanctorum Communionem*; Creo la comunión y participación de los santos; esto es, creo que, como los santos, por el lazo de la caridad y amor, son unos entre sí y hacen un cuerpo místico (que dice san Pablo); «así tambien viven de un espíritu y participan una misma vida;» y siendo esto así, creo tambien que, así como por ser una sola vida la que en un cuerpo humano vivifica el pié y la mano y el ojo, por eso hay comunicación de virtud entre ellos, y goza el pié del bien de la mano, y la mano del ojo; y así tambien porque los santos viven una misma vida y de un mismo espíritu, se comunican entre sí sus méritos y bienes, y el uno ama en el otro la virtud que ve. Esto nos dijo David á la letra: *Particeps ego sum omnium timentium te*; Yo participo (dice) el bien de todos cuantos os temen, y el mérito de cuantos guardan vuestros mandamientos. Esta unidad se prueba por aquel axioma de filosofía: *Quae sunt eadem uni tertio, sunt eadem inter se*; Las cosas que son unas con una tercera, serán unas entre sí. Como si midiendo vos una cinta, hallais que viene bien con la vara, si yo mido otra, y viene igual con la misma vara con que vos medistes la vuestra, necesariamente las dos cintas han de ser iguales entre sí, pues fueron iguales á una tercera, que fué la vara. Así es pues, que siendo san Pedro uno con Dios por amor, y siéndolo tambien san Juan, de fuerza san Pedro y san Juan serán unos por amor entre sí. Rogaba el Redentor á su Padre celestial que liciese unos á sus fieles: «Padre santo, guárdalos tú para que sean unos, como tú y yo lo somos.» Y David, con deseo de tener una ciudad llena de paz y amor, decía: *Rogate quae ad pacem sunt Jerusalem*; Desead y procurad para Jerusalem lo que ha de ser su paz y unión. Desta divina grandeza goza aquella bienaventurada ciudad del cielo, de que dice David: «Alaba, Jerusalem, al Señor, y tú, Sion, engrandece cuanto pudieres á tu Dios, que te amojonó los términos con paz, que te tiene cercada con muros de amor, que ha desterrado de tí la guerra y division y bandos; porque todos tus ciudadanos se aman, tienen un querer y una voluntad, una sola cosa desean todos.» Que lo dijo en otra parte: «Jerusalem, que te vas edificando como ciudad principal y famosa, adonde tus ciudadanos tienen su contratación en conformidad y amor.» Por ser el salmo tan galan le pondré aquí, y dice así:

## SALMO CXLVII.

Dichosos ciudadanos, que en la santa  
Jerusalem haceis vuestra morada,  
Cantad alegres al Señor del cielo;  
Y los que de Sion la sublimada  
Cumbre pisais con venturosa planta,  
Load á Dios, que os dió tan fértil suelo.  
No Pafos, Cipro, Idea, Creta ni Delo,  
Moradas fabulosas  
De las soñadas diosas  
Y de fingidos dioses tan cantados,

Contigo cotejados,  
Merecen nombre ya ni son de estima;  
Que en tu sublime cima,  
Con envidia del cielo, se pasea  
El que los ejes de cristal rodea.

Una ciudad fundó para su corte,  
Que no teme las armas enemigas,  
Ni recela espantosa artillería;  
A do no llegará espada que corte,  
Forjada de Vulcano en las antiguas  
Fraguas de su ahumada herrería.

Del mas fuerte metal que Libia cria  
Le fabricó las puertas,  
Que no las verá abiertas  
El bárbaro enemigo; pues rompellas  
Es romper las estrellas.

Y bendijo el Señor con llena mano  
A cada ciudadano,  
Con hijos, con hacienda y larga vida;  
Que en dar no guarda Dios tasa ó medida.

Ciudad gloriosa, do tu pueblo y gente  
Goza de una alta paz dentro tus muros,  
Sin sentir de vil pecho los engaños.

Amor hace la vela, que los puros  
Pechos les baña en dulce fuego ardiente,  
Viviendo alegre vida en largos años.

La paz te ha puesto Dios por aledaños,  
Y desterró la guerra,  
Porque en toda tu tierra

El enemigo pié no estampe planta.

Y dióte copia tanta  
De pan, que te produce el fértil suelo,  
Y tan clemente el cielo,

Que la mas pura flor de la harina  
Comas, y des á Dios ofrenda dina.

Del estrellado asiento á do preside  
Como rey á la máquina criada,

Que de nada fundó su diestra mano,  
Cuando á su santa Majestad le agrada,  
Un paje de su cámara despide,  
Mas ligero que el pensamiento humano;

Y es este su palabra, que el liviano  
Viento sacude y mueve,

Y la cándida nieve,  
Cuajada como lana, baja á tierra,

Y desgaja en la sierra

Con su peso la mas robusta encina;

Y de la mas vecina

Parte del aire hace que la helada  
Caya como ceniza derramada.

En medio del ardiente y seco estío,  
En la region del aire mas helado,

Cuando sube del mar la nube oscura,

Si acaso se levanta reforzado

El céfiro, y la embiste con el frio,

Le cuaja el agua en piedra clara y dura.

Cae el cristal del cielo en forma pura,

Y bocadillos hecho,

Con lazo tan estrecho

Se condensó su hielo, que á su vista

No hay calor que resista;

Mas con un soplo Dios, y aun con mandallo,

Comienza á desatallo,

O con soplar el ábrego encendido

Corre el granizo en agua convertido.

Así como Señor del agua y nieve,  
De la helada y granizo y de los vientos,  
A sus tiempos reparte cada cosa;

Y da á Jerusalem, que en sus cimientos

Y paredes y peñas, donde pruebe

A sembrar pan, le dén mies abundosa.

¡Oh ciudad rica! Oh gente venturosa

La de Jacob, que tanto

La estima el Señor santo,

Que les descubre el pecho y sus secretos,

Y enseña sus preceitos;

Grandeza jamás hecha á las naciones

Del mundo y sus regiones;

Antes bien, despreciando todo el resto

De los hijos de Adán, les escondió esto.

## §. LV.

Pero porque mas brevemente digamos lo que llamamos «bondad, ó bueno en Dios», y lo que *hermosura*, digo que *bondad* se llama la sobre excelentísima existencia de Dios, *hermosura* es el acto ó rayo que de allí nace, y se derrama y penetra por todas las cosas. Este se derrama primero en los ángeles, y los ilustra de allí en las almas racionales, después en toda la naturaleza; y últimamente, en la materia de que son hechas todas las cosas. A los ángeles los hermosea con las ideas ó especies de las cosas que les imprimió cuando los crió; porque los produjo con el conocimiento y ciencia de ellas; al alma la hinche con la razon y discurso; á la naturaleza la sustenta con las semillas que en cada cosa puso para que volviesen á reproducirse. Finalmente, adorna y alavia la materia con diversas formas; así como el alfarero que tiene delante una masa de barro sin talle ni forma, la va hermosea con hacer della una fuente, de otro pedazo un plato, de otro un jarro á la romana; desta suerte hermosea Dios la materia de todas las cosas, vistiéndola de forma de planta, de leon, de caballo, de hombre, y así de las demás. De aquí es que el que contempla y ama la *hermosura* en estas cuatro cosas, en las cuales se encierra todo lo criado, amando el resplandor de Dios, y por él conocido en estas cosas, venga á conocer y amar al mismo Dios.

Nace de aquí que el ímpetu del que ama no se puede apagar ni aun templar con la vista ni tacto de alguna cosa corpórea; porque no ama este ó aquel cuerpo; mas solo se admira y desea y se espanta del resplandor de la soberana luz que resplandece por el cuerpo, como luz encerrada en vaso de cristal. Por esto los que aman, ni saben lo que buscan ni entienden lo que quieren ni conocen lo que desean. Ignoran á Dios, cuyo sabor escondido mezcló en sus obras un olor dulcísimo de sí mismo, con el cual olor nos despertamos cada dia; porque este sentimosle, pero el sabor ignorámosle. Esto rogaba una enamorada esposa al celestial Esposo, que la «arreatase en pos de sí, y correría al olor de su bálsamo y suavísimo ámbar». Pues como, engolosinados con el olor, deseamos el sabor, que nos está escondido (porque no hay palabra

en este corruptible estado para tanta dulzura y sabor), con razon no entendemos lo que deseamos ni lo que pedimos.

## §. LVI.

Todo lo que hasta aquí habemos dicho por ventura está bien, sino lo que de la difinición dijimos, sacado de la opinion y parecer de Platon, que quiere que «sea el amor un ardiente deseo de gozar con union perfeta aquello que juzga por hermoso en cuerpo y en alma». A esta opinion se acercan mucho los que dicen que «el amor es un lazo, una atadura, mediante la cual el amante desea ayuntarse y unirse con la cosa amada». Esta difinición tiene sus dificultades, porque el amor no parece que puede ser *apetito ó deseo*, antes bien el *apetito* es accidente del amor; y así, solo vemos el *deseo* en los que carecen de aquello que aman, y cuando lo gozan, ya no queda el *apetito ó deseo*, aunque sí queda el amor. Luego si hay amor sin el *deseo*, sigue-se que no son una misma cosa, antes bien parece que el *deseo* nace y se causa del amor cuando está ausente el amado, y si está presente, se causa el gozo ó deleite y quietud, porque en él quiere y se deleita y goza. Parece que podríamos decir del *deseo* lo mismo que el Apóstol dijo hablando de la esperanza: «La esperanza que se ve (dice él) no lo es, porque lo que ve ya alguno, ¿para qué lo espera?» Habla allí san Pablo de la fruición de la vision beatífica; y como esta consiste en ver á Dios, tomó el ver por gozar y poseer; y es lo mismo que si dijera: «Lo que ya posee, lo que ya goza y es suyo y está en su poder, ¿para qué lo espera?» Pues así, ni mas ni menos, si vemos por experiencia que cuando se goza de la cosa amada llega el amante á la quiete, al descanso y sosiego, y deleítase y gózase con la fruición del amado; si entonces dura-se el *deseo*, le podíamos decir á este tal: «Hermano, ¿para qué deseais lo que ya gozais?» Esto vemos en los bienaventurados. Decía san Pablo, estando aun desterrado en esta vida: «¡Oh, cómo deseo verme suelto y desenlazado de los lazos deste cuerpo, y verme ya con Cristo!» Clara cosa es que el *deseo* no paraba ni era solo de verse desatado y morir, porque este, si aquí en esto, que es morir, se acaba y para, y no tiene mas fin que dejar la vida, nadie lo puede desear; antes es cosa que la aborrece nuestra naturaleza, como cosa odiosa y contraria y dañosa, y como amarga y contra nuestro bien; porque el bien y la medra y todo lo dulce y deleitable, y cuanto de gusto y de contento podemos tener, ha de cargar sobre la vida y habemos de vivir para gozarnos, y con la muerte se nos acaba y desbarata, y nos acabamos y deshacemos, y perdemos por junto todo cuanto con la vida gozábamos. Y así, decía el Sabio: *O mors quam amara est memoria tua homini pacem habenti in substantiis suis: viro quieto, et cujus viae directae sunt in omnibus, et adhuc valenti accipere cibum!* ¡Oh muerte! (dice Salomon) que no solo tus hechos son amargos y los aceros de tu espada son lastimosos, mas aun eslo tu memoria, principalmente al hombre que tiene de comer y que no

está reñido con su hacienda, como lo están los santos, que traen bandos con las riquezas, despreciándolas y huyendo dellas como de veneno; mas á los que les saben bien, y á quien las goza con sosiego y á quien todo le sucede al sabor de su querer, y que le da Dios salud para comer dellas. Y así, dijo Aristóteles que *Omnium terribilium terribilis est mors*; que de las cosas que el mundo llama *terribles*, la que mas lo es y mas se teme, y la que mas huimos y nos espanta, es la muerte. Y el mismo dice: *Melius est esse, quam non esse*; Mejor es ser que no ser. Habló absolutamente, cotejando al ser con el no ser, cercenadas todas las demás circunstancias, sin otra consideracion mas desto, que es ser ó no ser; porque «mejor es no ser que mal ser»; que tales circunstancias podria haber, que desease uno el dejar de ser, como los que están en el infierno. Y porque tal puede ser la vida que la haga aborrecible, dice Jeremias, hablando del rey de Judea: «Todos los que se escaparen del cuchillo, que fueren deudos del Rey y de los príncipes del reino, verán tantos males y desastres por sus personas y casas, que desearen la muerte, y la vida les será odiosa.» Y en el *Apocalipsi* dice san Juan que «vendrá un tiempo cuando buscarán los hombres la muerte y no la hallarán, y desearen acabar, y huirá la muerte dellos». Confirma esto mismo nuestro Redentor hablando de Júdas, que le fué traidor: «¡Ay de aquel por quien yo seré vendido, que mejor le fuera nunca haber nacido que nacer y venderme!» Volviendo pues á lo de san Pablo, deciamos que deseaba ser «desatado y libre de su cuerpo»; mas que esto no lo deseaba por no mas que morir, sino porque sabia que sin eso no podia gozar de Cristo, pues *Statutum est hominibus semel mori*; Está así tasado á cada uno de los hombres, que, pues entraron en el mundo, que salgan dél muriendo. Y que sea así, que san Pablo no deseaba la muerte en cuanto muerte, sino por el respeto que habemos dicho, dícelo él mismo: *Nam et in hoc ingemiscimus, habitationem nostram, quae de coelo est, superindui cupientes; si tamen vestiti, non nudi inveniamur. Nam et qui sumus in hoc tabernaculo, ingemiscimus gravati: eo quod nolumus expoliari, sed supervestiri, etc.*; Sospiramos (dice san Pablo) con *deseo* de sobrevestirnos aquella vivienda nuestra, que es la de allá del cielo, si ya nos hallare Dios vestidos de gracia, y no desnudos de buenas obras. Porque los que estamos en este tabernáculo del cuerpo, gemimos con la carga, porque no queremos despojarnos del cuerpo, sino que, sin dejarle y sin pasar por la muerte, nos envistiesen el sayo de la gloria. Ora pues si dice que «desea verse desatado por estar con Cristo», luego en estando con él cesará el *deseo*. Luego señal es que el amor no es *deseo*, pues en estando en el cielo, y poseyendo y gozando y amando á Dios, cesa, y con todo eso, dura el amor. Y así, si agora que está san Pablo en el cielo, le dijese si deseaba estar con Cristo, respondería: «¿Qué he de desear, si ya le gozo?» Porque lo que tiene alguno, ¿para qué lo desea? Antes bien el *deseo* es inquietud del ánimo, y da pena

porque le falta lo que ama; y así, no reposa ni tiene contento; pues en el cielo no puede haber inquietud ni pena, síguese que no hay deseo, porque este atormenta hasta que se cumple, y allí cesa; y como en la gloria se hinchen todos los senos de nuestro apetito, exclúyese y lánzase fuera el deseo.

Y cuando se porfiase de que allá hay deseo de estar siempre con Cristo, digo que aquel tal no es *deseo* de amarlo ni de gozarlo de presente, sino de no perderlo jamás, y de verlo mañana y esotro y siempre; de suerte que el apetito vaya siempre delante á desear lo que aun no tiene, que es el gozar de Dios, y de aquí á un año y de aquí á mil y siempre. Y llamar á esto con nombre de *deseo* es impropria manera de hablar, porque los santos saben que jamás perderán la vision de Dios, y que siempre le han de ver; y así, no cae allí propriamente el nombre del *deseo*, sino en las cosas que pueden ser y dejar de ser. Finalmente, á mi parecer, siempre el deseo dice congoja y defeto. Y así, muchos santos entienden aquel lugar que dice san Juan en el *Apocalipsi*: «Vi debajo del altar las almas de los mártires que habian sido muertos por la confesion de la palabra de Dios, y daban grandes voces diciendo: ¿Hasta cuándo, Señor santo y verdadero, no juzgas y no vengas nuestra sangre, haciendo castigo en esa mala gente que vive allá bajo en la tierra?» Dicen que en estas palabras piden que se abrevie el juicio final, porque entonces se hará general venganza de las injurias que los tiranos y los poderosos del mundo hicieron á los santos; y que esto lo desean por volver á tomar sus cuerpos, á los que aman como á fidelísimos compañeros. Y aquel quejido les nace de que no están enteros en el cielo, pues solo esta allá el alma; y aunque no pueden tener pena, porque ven á Dios, en quien inefablemente se gozan, con todo eso, parece que no están del todo contentos. Estarlo han cuando se vistieren de sus propios cuerpos, porque cesará la potencia que agora tienen las almas, y aquella inclinacion y propension de volver á informar sus cuerpos, pues son forma dellos. Luego el deseo les da una cierta manera de inquietud (si así se sufre llamar), y esta no la tendrán cuando tuvieren los cuerpos; y si les nace del deseo, síguese que él tambien cesará, mas no cesará el amor; y así, se colige que amor y deseo no es todo uno. Hé aquí cómo parece que el deseo mas es accidente del amor, en ausencia del amor, que el mismo amor. Lucrecio y Aristofanes parece que sintieron lo mismo que Platon, porque dijeron que «el amor no es otra cosa sino un ardiente deseo que tiene el amante de transformarse en el amado». Teofrasto quiere que sea «una concupiscencia del ánimo, la cual, así como nace presto, así tambien se apaga presto». Mas Plutarco fué de parecer que era «un movimiento de la sangre, que poco á poco va alentándose, y cobrando vigor y fuerzas, y que dura después mucho por una cierta persuasion nuestra, con que nos damos á entender que merecemos ser amados». Tulio dice que es *benevolencia*; Séneca, que es «un gran vigor de la mente, que por

respeto del calor se inflama suavemente en ella». Los estóicos siguieron otro camino, diciendo que es «una aficion que nace en nosotros por causa de la belleza»; mas qué aficion sea esta no lo dicen. Plotino dice que «es un acto del ánimo, con el cual desea el bien para el amado». Y este pensamiento no se desvia mucho de lo que dice mi padre san Agustin en estas palabras: «Es el amor una cierta vida que ayunta dos cosas, ó á lo menos lo desea; esto es, al amante con el amado.» Quien dijo que «el amor es un principio, mediante el cual el apetito tira á un fin, que no es otro que la cosa amada», por ventura lo acertó mas, ó á lo menos tocó mas cerca de la verdad; y si no le dió, la asombró. De manera que aquel movimiento con el cual el apetito es movido y llevado del objeto apetible y digno de ser deseado llamamos *amor* en general; que no es, finalmente, otra cosa sino una complacencia que se tiene de lo que se desea, y desta nace el movimiento del que así desea, con que es llevado á la casa que ama; y este es el *deseo*, y á este le sigue la *quiete y descanso* en la cosa que desea, que es lo mismo que la *alegría*. De suerte que allí está el fin del movimiento, adonde fué y estuvo su principio; porque lo apetible, que es lo mismo que la cosa deseada, primeramente mueve el apetito, el cual no atiende á otra cosa sino á ella; y cuando la ha alcanzado, allí repara y se afirma y reposa, y se alegra y se regocija y goza, como lo dice santo Tomás en diversos lugares.

## §. LVII.

Hémos aquí adonde deseábamos; llegados somos á los efectos del amor divino. ¿Qué dice Cristo de la Magdalena? ¿Qué dice el Amante eterno de María? *Quoniam dilexit multum*; que amó mucho. ¿A quién? A Dios. ¡Oh María! Oh mujer milagrosa! Oh hembra que fuiste pasmo del mundo! ¿Quién te mudó tan presto? ¿Quién te enseñó á amar con tal extremo? ¿En qué fragua se derritió tu hielo? ¿Qué horno te abrasó el pecho? *Quoniam dilexit multum*; Amó mucho, no poco, no con tibieza, no como quiera. Mucho dice. ¿Qué tanto? ¿Quién lo sabrá decir? Sabráse pensar, pero no decir; podráse sentir, pero no hablar. Ya se ve María con su Amado; ya está hecha aquella union y lazo de amor entre Dios y el alma; y el rayo de la hermosura soberana la ha arrebatado á su centro, que es Dios. Contenta está María, ya ama María, ya arde, ya goza, ya sale de sí, ya no vive en sí, ya vive en su Amado, ya vive y muere, ya descansa y pena, ya teme y espera, ya llegó el *Inveni quem dilexit anima mea, tenui cum nec dimittam*. Halládole ha María: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo*; Ala sombra del deseado de mi alma me asenté, á los piés de mi Señor me veo, al tronco del árbol de la vida estoy, «dulce fruto es el suyo para mi garganta.» Fruto de vida es el que he cogido. *Cum esses in sanguine tuo dixi tibi, vive. Cum adhuc, inquam, esses in sanguine tuo, dixi tibi, vive*; dícame mi amado: Estando en medio de tus pecados, revolcada en tu sangre y abominaciones, muer-

ta en tus torpezas y fealdades, pasé yo, vi que te acocaban y hollaban cuantos pasaban, y movido á compasion y lástima, te dije: Vive, alma muerta. Digo que, estándote aun en tus maldades, te dije: Alma perdida, vuelve, levántate y vive. Héme aquí que vivo, Dios mio, vida mia, bien mio, ya tengo fruto de vida, ya se acabó la muerte, agora descansa en tí mi alma. ¡Oh, que no sé yo, tibio, hablar de tanto fuego, no sé yo descubrir los efectos del amor! El que ama suele despreciarlo todo por el amado, porque nada le contenta, con nada se harta, y todo lo trueca fácilmente. No hace caso de las dignidades, porque hecho uno con su amado, tiene y goza de aquella; desecha las honras, porque bástale la que tiene en amar; desprecia la hacienda, porque de buena gana trueca lo terreno por lo divino. No teme el peligro, porque es el amor fortísimo: *Fortis est ut mors dilectio, et dura ut infernus aemulatio: lampades ejus, lampades ignis, atque flammaram. Si dederit homo omnem substantiam domus suae pro dilectione, quasi nihil despicit eam*. Es el amor tan fuerte como la muerte, y mucho mas, pues vence á la muerte. Amaba Cristo á María y Marta, y Lázaro (dice san Juan) enferma, y muere Lázaro; escriben las hermanas, viene el Redentor, ve llorar á María, llora y resucita á su hermano. ¿Quién pudo mas aquí? Peleaban la muerte y el amor; acomete la muerte y mata á Lázaro, acude el amor y dale la vida y resucítale; luego mas fuerte es el amor que la muerte. «¿Quién nos apartará del amor de Jesus? (dice san Pablo) ¿El trabajo ó vernos en angustia? ¿La hambre? La desnudez? ¿El peligro? ¿La persecucion del enemigo? ¿El cuchillo del tirano?» De todo esto salimos vencedores por amor del que primero nos amó. «Cierto estoy que ni la muerte ni la vida, ni los ángeles ni los principados, ni todo el poder del cielo, ni lo presente ni lo que está por venir, ni lo mas fuerte ni lo mas alto, ni todo el profundo y cuantos en él viven; finalmente, ni criatura alguna, nos podrá apartar del amor de Dios.» ¡Oh fuerza de amor divino, que hieres y desmayas, y robas un corazon y le sacas de sí, que le abrasas en fuego de amor divino! ¿Quién apartará á María de Jesus? ¿Los tiranos? La muerte? Los verdugos? ¡Oh, quién viera tu corazon al tiempo que vias llevar á tu Amado atado para crucificalle! Oh verdugos, que llevais cautiva mi gloria! ¿no sabeis que llevais junto con él mi alma? Si llevais á crucificar mi Amado, llevad juntamente mi cuerpo, que á do muere mi Dios no hay para qué viva yo. ¿Quién apartará esta alma de Jesus? ¿Las persecuciones? Allí se halla María con Jesus. ¿Los verdugos? Entre ellos va María con Jesus. ¿Las armas? Por medio pasa María á ver á Jesus. ¿La cruz? Al pié della está María salpicada con la sangre de Jesus. ¿La muerte? Tambien muere María con Jesus. ¿El sepulcro? Allá va María á ungrir á Jesus. ¿Las tinieblas? Aun era de noche cuando salió al monumento. ¿Los ángeles? Dos vió en el sepulcro; háblanle, dicenle: *Noli flere*; No llores, mujer; mas María no cura de los ángeles, porque busca al Señor de los ángeles; luego mas fuerte es el amor que la muerte. Su ardor y llamas son mas vivas

que las del fuego, porque el fuego quema el cuerpo, mas el amor abrasa el alma. Si diere un hombre toda su hacienda por ser amado, tendránla en poco, porque el amor ni se compra ni vende; libre es y libremente se da. Suelen los que aman sospirar y alegrarse; sospiran porque se pierden á sí mismos, dejando de ser suyos; gózanse porque se pasan en otra cosa mejor, que es en Dios. Arden y hiélanse en un punto, como los que tienen cicion de terciaria; y hiélanse porque los desampara el calor propio, arden porque son encendidos con el calor del soberano rayo; y porque á la frialdad se lo sigue el temor, y al calor la osadía, por esto son cobardes y animosos. Temen perder lo que aman, y tienen ánimo para acometer grandes cosas por el amado. «El amor hace discretos á los necios y de aguda vista á los cegajosos;» mas ¿qué mucho que vea mucho aquel á quien alumbra el resplandor y rayo celestial, y que sepa mucho el que enseña el amor divino, y que sea fuerte el que cobra las fuerzas de su amado, pues son fuerzas de Dios? Llamaba Cenon al amor «Dios de amistad, de libertad y concordia»; porque, poca amistad puedo yo tener con vos si el amor no nos toma las manos. Es suma libertad, porque no hay cosa á que se rinda sino solo á lo que ama, porque en esto está su gloria. Es causa de concordia, porque por él la tienen los elementos, las repúblicas; por él viven en paz los hombres y los animales. Pintaban antiguamente la imágen del amor entre la de Mercurio y Hércules; Mercurio era el Dios de la elocuencia, y Hércules el de la fortaleza; porque donde hay aviso y prudencia juntamente con fortaleza, allí hay amor y concordia.

## §. LVIII.

Pasemos mas adelante. Platon llama al amor *amargo*, y no sin razon, porque muere el que ama; y por ello le llamó Orfeo *agridulce* ó *dulce amargo*; porque, como el amor es una muerte voluntaria, en cuanto es muerte se dice *amargo* y *acedo*, mas en cuanto es voluntaria se dice *dulce*. Y que muera el que ama está claro, porque su pensamiento, olvidado de sí mismo, se revuelve siempre en su amado; pues, si no piensa do sí, luego no piensa en sí, y por esto el alma así aficionada no obra en sí, pues que la principal operacion suya es el pensamiento; el que no obra en sí síguese que no está en sí, porque estas dos cosas son siempre iguales, el ser y el obrar; ni hay ser sin que haya operacion, ni hay obrar do no hay ser; ni nadie obra donde no está, y do quiera que está allí obra. Luego el alma del que ama no está en sí, pues no obra en sí, y si no está en sí, claro está que no vive en sí; pues el que no vive muerto es; y por esto decimos que el que ama está muerto en sí. Y de aquí nació aquel dicho: «Que el alma mas está donde ama que donde anima.»

Pero veamos: ¿vive siquiera en otro? Sí por cierto, en su amado. ¡Oh cosa maravillosa que el amado vive en el amante, y el amante en el amado! Ama María á su Cristo, Cristo á su María. «Juegan al trocado», y el uno se da al otro, y el otro al otro, para que cada uno tenga